

Adrian Goldsworthy

AUGUSTO

DE REVOLUCIONARIO
A EMPERADOR

Traducción del inglés
José Miguel Parra

ÍNDICE

<i>Lista de mapas</i>	9
<i>Agradecimientos</i>	11
<i>Introducción</i>	13

PRIMERA PARTE

CAYO OCTAVIO (TURINO)

63-44 a.C.

I. «Padre de su país»	31
II. «Un hombre con riqueza y buena reputación»	45
III. El consulado de Julio y César	60
IV. Una salida	76

SEGUNDA PARTE

CAYO JULIO CÉSAR (OCTAVIANO)

44-38 a.C.

V. Heredero	95
VI. Alabanza	110
VII. Recompensa y descarte	127
VIII. Venganza y discordia	140

TERCERA PARTE

EMPERADOR CÉSAR, *DIVI FILIUS*

38-27 a.C.

IX. Hijos de dioses	163
X. Rivales	182
XI. Triunfo	207

CUARTA PARTE
EMPERADOR CÉSAR AUGUSTO, *DIVI FILIUS*
27-2 a.C.

XII. Renovación y restauración	227
XIII. Derrotar al orgulloso en la guerra	249
XIV. El «título de mayor poder»	267
XV. Las águilas	292
XVI. Un final y un principio	315
XVII. Familia y colegas	341
XVIII. Paz augustea	362

QUINTA PARTE
EMPERADOR CÉSAR AUGUSTO,
DIVI FILIUS, PATER PATRIAE
2 a.C.-14 d.C.

XIX. Padre	385
XX. El «puesto de centinela»	409
XXI. Por el bien de la <i>res publica</i>	433
XXII. <i>Pax augusta</i>	453
<i>Conclusión</i> . Apresúrate despacio	477
<i>Apéndice 1</i> . La carrera senatorial o <i>cursus honorum</i>	489
<i>Apéndice 2</i> . La fecha del nacimiento de Jesús	492
<i>Glosario</i>	498
<i>Personajes clave</i>	508
<i>Árboles genealógicos</i>	517
<i>Abreviaturas utilizadas en las notas</i>	527
<i>Bibliografía</i>	529
<i>Notas</i>	543
<i>Índice onomástico y temático</i>	609

LISTA DE MAPAS

1. El Imperio romano en el siglo I a.C.	38
2. El centro de Roma en torno al 63 a.C.	55
3. Italia	121
4. Grecia, Macedonia y las batallas de Filipo	153
5. Las campañas de Augusto en el Ilírico, 35-33 a.C.	190
6. La batalla de Accio	203
7. Las provincias occidentales, incluidas Hispania y Galia	253
8. Plano del barrio del Palatinado desarrollado por Augusto ..	281
9. Las catorce divisiones administrativas de Roma	394
10. El Foro de Augusto	410
11. El Campo de Marte	414
12. Las fronteras del Rin y el Danubio	463
13. El centro de Roma en el 14 d.C.	475

INTRODUCCIÓN

*Se dio el caso de que en aquellos días salió un edicto de César
Augusto para que se empadronara todo el orbe.*

*Este empadronamiento fue el primero durante el mandato
de Quirinio en Siria. Todos se encaminaban para empadronarse,
cada cual en su ciudad.*

SAN LUCAS, *Evangelio*, finales del siglo I d.C.¹

Esta breve mención en la historia de la Navidad debió de ser la primera vez que escuché hablar de Augusto y, por más que resulte difícil ser preciso con unos recuerdos tan lejanos, yo debía de ser muy joven. Como la mayoría de la gente que escucha o lee esas palabras, dudo que pensara mucho en ellas, solo posteriormente creció mi amor por la historia y desarrollé una peculiar fascinación por todo lo relacionado con la antigua Roma. No se puede estudiar la historia de Roma sin encontrarse con Augusto y su legado. Fue el primer emperador, el hombre que finalmente reemplazó una República que había perdurado durante casi medio milenio por una velada monarquía. El sistema por él creado le dio al Imperio cerca de doscientos cincuenta años de estabilidad, durante los cuales fue más grande y próspero que en ningún otro momento de su historia. En el siglo III d.C. se enfrentó a décadas de crisis y solo sobrevivió tras una amplia reforma; pero, incluso entonces, los emperadores «romanos» que gobernaron desde Constantinopla hasta el siglo XV se consideraron los legítimos sucesores del poder y la autoridad de Augusto.

Incuestionablemente importante, su historia resulta a la vez intensamente dramática. Cuando le hablo a mis alumnos sobre Augusto siempre me detengo para recordarles que todavía no tenía diecinueve años cuando se lanzó a la extremadamente violenta política de Roma, de modo

que casi siempre era el más joven de la clase. A menudo no resulta sencillo acordarse de esto cuando se narra lo que hizo, abriéndose camino de forma hábil y carente de escrúpulos por entre las cambiantes alianzas de esos años de guerra civil. Sobrino nieto del asesinado Julio César, quien en su testamento lo convirtió en su principal heredero y le dio su nombre, que Augusto adoptó para señalar su adopción completa. En Roma se suponía que el poder no se heredaba, pero armado con este nombre reunió a los seguidores del fallecido dictador y proclamó su intención de asumir todos los cargos y estatus de su padre. Y eso es lo que seguidamente consiguió, con todas las probabilidades en contra y enfrentándose a rivales mucho más experimentados. Marco Antonio fue el último de ellos, y ya estaba derrotado y muerto en el 30 a.C. El joven y mortífero caudillo de las guerras civiles consiguió a continuación reinventarse a sí mismo como el amado guardián del Estado, adoptó el nombre de Augusto con sus connotaciones religiosas y terminó siendo apodado «padre de la patria», una figura inclusiva más que divisora. Ostentó el poder supremo durante cuarenta y cuatro años —un período de tiempo muy largo para cualquier monarca— y, cuando falleció de viejo, no cupieron dudas de que sería su sucesor designado quien lo seguiría en el cargo.

Sin embargo, a pesar de su notable biografía y su profunda influencia en la historia de un imperio que dio forma a la cultura del mundo occidental, César Augusto ha desaparecido de la conciencia general. Para la mayoría de la gente es un nombre mencionado en las misas navideñas o las funciones de Navidad en los colegios, y nada más que eso. Casi nadie se para a pensar que el mes de julio recibe su nombre de Julio César, pero sospecho que todavía son menos aquellos conscientes de que agosto se llama así por Augusto. Julio César es famoso, al igual que Antonio y Cleopatra, Nerón y Alejandro Magno, Aníbal, quizá Adriano y unos pocos filósofos; pero Augusto no. Uno de los motivos es que Shakespeare nunca escribió una obra de teatro sobre él, quizá porque hay poca tragedia en un hombre que vive hasta edad proveya y muere en su cama. Aparece como Octavio en *Julio César* y como César en *Antonio y Cleopatra*; pero en ninguna de estas obras su personaje resulta especialmente atractivo, al contrario que Bruto, Antonio... e incluso protagonistas menores como Ehenobarbo. Su destino es actuar principalmente como antítesis de Antonio, de modo que aparece como alguien débil e incluso cobarde, pero

al mismo tiempo frío y manipulador, cuando aquel es valiente, intensamente físico, sencillo y apasionado. El contraste ya se aprecia en las fuentes clásicas y hunde sus raíces en la guerra propagandística que tuvo lugar en esa época, el cual no ha hecho sino volverse más pronunciado en los modernos tratamientos de la historia —no hay más que pensar en la glacial interpretación, con apenas unos toques de sadismo, de Roddy McDowall en la famosa superproducción de 1963 *Cleopatra*.²

Calculador, astuto y completamente despiadado, un Augusto así hace que la audiencia simpatice con Antonio y Cleopatra, consiguiendo de este modo que sus muertes sean más trágicas, porque en el fondo esas historias tratan de ellos. Ninguna obra de teatro, película o novela en la que aparezca Augusto como elemento central ha capturado nunca la imaginación popular. En la novela de Robert Graves *Yo, Claudio* —y en la maravillosa dramatización de la misma realizada por la BBC, que es tanto o más conocida— no vuelve a ser sino un miembro destacado del elenco de secundarios. Este tratamiento es mucho más favorable y representa un papel diferente como el simple, emotivo —y ocasionalmente amenazador— anciano que se ve superado en astucia por Livia, su manipuladora y mortífera esposa. Se trata de historias apasionantes y entretenidas; pero que no permiten comprender por qué Augusto fue tan importante, haciendo que resulte difícil establecer la relación entre el joven intrigante y el anciano emperador del que a menudo se burlan.

En la vida de Augusto hay mucho más, un «más» que está lejos de resultar aburrido. Uno de los principales peligros es el de asumir la inexorabilidad de su triunfo, ya sea debido a su genio para la política o —y se trata de una visión antigua— a las tendencias generales que hacían de la creación de la monarquía en Roma poco más que una cuestión de tiempo. La longevidad de Augusto sorprendió a todos, tanto como su éxito, sobre todo durante los primeros años. En la mayoría de las ocasiones, el amante del riesgo resulta más evidente que el planificador cuidadoso. Augusto corrió riesgos, sobre todo durante las guerras civiles, y no todos ellos pagaron sus réditos. Había en él más de Julio César de lo que a veces se ha pensado, en especial su habilidad para salir con bien de los problemas en los que él mismo se había metido. Tampoco existen pruebas reales de que existiera un plan cuidadosamente elaborado desde antiguo para crear su nuevo régimen; la imagen que aparece es, más bien, la de impro-

visación y experimentación, que terminó creando el sistema mediante prueba y error, con acontecimientos fortuitos que tenían un peso tan grande como la planificación. La imagen del frío manipulador se desvanece con igual rapidez cuando observamos al hombre que luchó, en muchas ocasiones saliendo derrotado, por controlar sus pasiones e irascibilidad. Es el Augusto que tuvo un *affaire* con la casada y embarazada Livia, obligó a su marido a divorciarse de ella y luego hizo que este presidiera la boda apenas unos días después de que ella hubiera dado a luz. Es un episodio que uno esperaría más de Antonio... y quizá todavía más de Nerón, bisnieto de Marco Antonio y la hermana de Augusto.

Junto a las pasiones había una gran cantidad de salvajismo. Augusto, Antonio y su compañero triunviro Lépido fueron los tres culpables de asesinatos en masa, sobre todo durante las proscripciones: «Todos estos, entonces, deben morir. Sus nombres quedan anotados», según la versión de Shakespeare, pero también en otras muchas ocasiones. Que el resto de caudillos de la época no se comportara mejor no los absuelve de semejante crueldad. A veces resulta difícil querer al joven Augusto, a pesar de la morigeración de su vida posterior. De hecho, la lucha por reconciliar dos personalidades en apariencia tan diferentes ha preocupado a la mayoría de sus biógrafos modernos. A menudo, la solución consiste en dividir su vida en dos. Su ascenso inicial hasta la victoria de Accio de inmediato se presta a la narración, repleta como está de batallas e intrigas, así como de personajes tan conocidos como Cicerón, Bruto, Sexto Pompeyo y Cleopatra. Seguidamente, muchos biógrafos saltan a sus años finales y se centran en la supuesta intriga que rodeó la elección de sus sucesores. No es una coincidencia que estas dos diferentes historias reflejen los temas escogidos, respectivamente, por Shakespeare y Graves. Otros autores, sobre todo los del mundo académico, por lo general, suelen terminar su narración en el 30 a.C. y se ocupan del resto de su vida mediante temas más generales, como, por ejemplo: «Augusto y el Senado», «Augusto y las provincias» o «Augusto y la religión».³

La biografía no tiene muchos seguidores en el mundo académico, a pesar de —o quizá en parte debido a— su inmenso atractivo para los lectores más generales. Escribí mi biografía de Julio César, porque ninguno de los libros más recientes sobre él resultaban completamente satisfactorios, pues carecían de detalle o solo cubrían un aspecto de su vida.

Todos se dedicaban bien a su carrera política, bien a la militar, pero nunca a ambas a la vez; una diferenciación que habría desconcertado a los romanos. Mientras trabajaba en ese libro supe que un día tendría que escribir uno similar sobre Augusto, porque nadie ha escrito todavía la obra que él se merece. Hay buenos tratamientos de aspectos concretos de su vida y algunas excelentes visiones generales, pero nada que trate su vida con verdadero detalle. La principal debilidad del punto de vista temático es que el hombre tiende a perderse en discusiones sobre política, ideas o la imaginaria utilizada por el régimen. Con demasiada rapidez se vuelve tan inconexo como los saltos desde el joven Augusto hasta el anciano, con lo cual se pierde todo el sentido de cómo uno se convirtió en el otro. Al igual que con *Caesar: the life of a colossus* (*César: la biografía definitiva*, publicado por esta misma editorial), el objetivo es escribir como si se tratara de la biografía de un estadista moderno, planteando las mismas preguntas, por más que nuestras fuentes hagan difícil responderlas, e intentando comprender tanto como sea posible al hombre verdadero.⁴

EL CAMBIANTE ROSTRO DE UN EMPERADOR

No obstante, el verdadero Augusto resulta muy difícil de aprehender, en gran parte porque se tomó muchas molestias para reinventarse a sí mismo a lo largo de toda su vida. A mediados del siglo IV d.C., el emperador Juliano —quien recientemente se había apoderado por la fuerza del título de Augusto tras varios años como César en el sistema imperial de entonces— escribió una sátira en la que imaginaba un banquete con el que los dioses daban la bienvenida a los deificados emperadores romanos. Augusto aparece, pero descrito como una figura extraña e innatural, que cambia constantemente de color para confundirse con lo que le rodea, como un camaleón. Solo cuando es instruido por la filosofía se convierte en un gobernante bueno y sabio.⁵

Augusto era consciente de su imagen pública, pero en esa época todos los políticos romanos sacaban a relucir sus méritos y los de sus familias a la menor oportunidad. Marco Antonio sigue teniendo una reputación de general experimentado y capaz que tiene mucho más que ver con su propia propaganda que con sus habilidades y experiencia militar. La

gran diferencia con Augusto es que este tuvo mucho más tiempo para desarrollar y difundir su mensaje, así como unos recursos mucho más amplios que nadie. Se conservan más imágenes de Augusto que de ninguna otra persona del mundo antiguo. Tras Accio, incluso se incrementa la dificultad para conseguir traspasar esa fachada y llegar a comprender al hombre real. A pesar de ello poseemos muchas historias sobre su vida y sus hábitos domésticos, un montón de anécdotas sobre incidentes acontecidos en su día a día e incluso un compendio de chistes contados por él o que lo tenían a él de protagonista. Hay mucho más material de este tipo sobre Augusto que sobre Julio César o casi sobre ninguna otra figura de la historia de Roma. No obstante, hemos de mostrarnos prudentes, pues estos momentos aparentemente «naturales» son también oportunidades para actuar, y la vida pública en Roma era muy teatral. Los políticos romanos vivían sus vidas en público y Augusto en concreto quería aparecer como un modelo de comportamiento moderado, tanto en su vida privada como cuando llevaba a cabo sus deberes oficiales. Poco hay sobre él que sea por completo como parece.

Quizá debamos comenzar con el problema básico de cómo llamarlo, pues incluso el mismo Shakespeare utiliza un nombre diferente en cada una de sus obras. Nacido Cayo Octavio, al convertirse en el heredero de Julio César adoptó su nombre y se convirtió en Cayo Julio César. Al cual podría haber añadido Octaviano como recordatorio de su —bastante oscura— familia verdadera; pero, intencionadamente, decidió no hacerlo y solo sus enemigos lo llamaron Octaviano. Con el paso de los años modificó su nombre, deshaciéndose del primero de ellos, Cayo, sustituyéndolo por el muy poco ortodoxo de Emperador, es decir, general victorioso o generalísimo. Tras la deificación de Julio César se convirtió en el hijo del divino Julio y, por último, en el 27 a.C. se le concedió el nombre de Augusto gracias al voto del Senado y el pueblo romano, al que sin duda se había tenido la precaución de hacerle saber que eso le encantaría.

De modo que tenemos un hombre con tres nombres muy característicos en tres momentos de su vida y con bastantes variaciones en la forma y el detalle de los tres. La convención moderna es llamarlo Octaviano hasta el 27 a.C. y después Augusto, evitando por completo el nombre de César y con ello el riesgo de confundirlo con Julio César. Por más claro que parezca, resulta muy engañoso y ayuda a reforzar la falsa divi-

sión entre el triunviro manchado de sangre y el distinguido estadista y gobernante. Los nombres tenían mucha importancia en el mundo romano... y también en la actualidad, pues no hay más que pensar en la perdurabilidad de César, káiser o zar como título de poder. Marco Antonio tildaba al joven Augusto de «un niño que se lo debe todo a su nombre», precisamente porque ser llamado César dio al adolescente una importancia que no podría haber conseguido de ningún otro modo. Por eso, Augusto nunca se llamó a sí mismo Octaviano, y si nosotros lo llamamos así en vez de César, eso hará más difícil comprender los acontecimientos de esos años. Es importante saber cómo se llamaba a sí mismo en cada etapa de su vida, de modo que en los capítulos siguientes me referiré a él de ese modo, y las secciones del libro están organizadas en consecuencia. El dictador siempre será llamado Julio César y si en alguna parte del libro aparece mencionado César, me estaré refiriendo a Augusto.

No solo su nombre resulta problemático. *Imperator* es la palabra latina de donde procede nuestro «emperador», pero en la época de Augusto no tenía ese significado. Él se llamaba a sí mismo *princeps*, que significa el «primer» ciudadano, y así es como los romanos se referían a él. Si lo llamamos emperador estamos imponiendo a su régimen un concepto diferente, uno nacido de la perspectiva histórica y del conocimiento que poseemos hoy de que Roma se terminaría convirtiendo en una monarquía durante muchos siglos. Por tanto, excepto en la Introducción y la Conclusión nunca me referiré a él como emperador, aunque sí utilizaré el término para sus sucesores. Del mismo modo, me referiré al régimen creado por él no como el Imperio —dado que la República también poseía un imperio en ultramar—, sino como el principado, un término conocido por los especialistas, pero raras veces utilizado fuera del ámbito académico.

Otra palabra difícil con orígenes latinos es precisamente «república», que proviene de *res publica*, «la cosa pública». Así se referían los romanos a su Estado, pero sin la definición institucional específica que posee nuestra palabra «república». Es un término demasiado útil como para prescindir de él por completo, porque si no ¿cómo podríamos referirnos de forma sencilla al sistema político que gobernó Roma durante tanto tiempo antes de que se desmoronara en el siglo I a.C.? A pesar de ello, he intentado evitar la moderna tendencia a referirse a los oponentes de Julio César y

los triunviros como «republicanos», puesto que eso supondría imponer una falsa coherencia a lo que en realidad eran grupos dispares con un amplio espectro de actitudes y objetivos. El término también otorga una legitimidad que muchos no merecen; del mismo modo que utilizar el nombre «Octaviano» otorga una victoria póstuma a Marco Antonio. (Existen límites en esta búsqueda de precisión y he utilizado «julio» y «agosto» antes de que estos nombres fueran introducidos en el calendario, puesto que pocos lectores estarán familiarizados con los meses de *quintilis* y *sextilis*).

Durante la exposición me esforzaré por ser independiente, una afirmación que puede resultar extraña cuando hablamos de conflictos y disputas con dos mil años de antigüedad; pero la historia es rápida a la hora de sacar a relucir las emociones, algo a lo que ni el más sobrio y serio de los especialistas es inmune. Julio César ha atraído a menudo sin par adulación y amargos odios, algo que resulta casi igual de cierto para Augusto, quien durante todo el siglo XIX y después fue ampliamente alabado por haber sanado una rota República, dando a los romanos paz, estabilidad y prosperidad actuando como un benevolente monarca. En una época en la que reyes e imperios aún predominaban en Europa y gran parte del mundo, semejante interpretación se producía con facilidad. Esto cambiaría durante el siglo XX, cuando el mundo se convulsionaba y las antiguas certezas se desvanecían, siendo el estudio más influyente sobre Augusto el magistral libro de sir Ronald Syme, *La revolución romana*, publicado por primera vez justo antes de la Segunda Guerra Mundial. Deliberadamente provocativo en su deseo de no dar por supuesto que el auge de Augusto fue algo bueno, utilizó de forma innovadora el naciente campo de la prosopografía —el estudio de las familias y relaciones entre la aristocracia— y presentó la época como la del auge de un líder y su facción, que suplantaron a la antigua elite. Detrás de todo ello se encontraba el fantasma de los dictadores contemporáneos; sobre todo Mussolini, quien en una consciente emulación del *dux* Augusto se hacía llamar *il duce* y llamaba a sus seguidores «fascistas», a partir del símbolo de las fascas, el fardo de varas que rodeaban una segur e indicaban el poder de un magistrado romano. Hoy día, el lector tenderá más a pensar en la llegada al poder del más siniestro nacionalsocialismo de Alemania o en el control totalitario de Stalin.⁶

El mundo moderno ha aprendido a mostrarse muy suspicaz con los dictadores, sean del espectro político que sean, y está mucho menos dispuesto a perdonar la mortífera naturaleza del acceso de Augusto al poder como justificada por la paz que terminó creando. No obstante, hemos de mostrarnos cuidadosos de no pintar el pasado blanco o negro, o de asumir de forma automática que todos los dictadores o imperios, de hecho todos los Estados, son iguales. Augusto mató a un montón de personas, pero en modo alguno infligió al mundo una miseria como la de un Hitler o un Stalin y, como siempre, hemos de entender su comportamiento en el contexto de su época. En su disposición a matar a sus enemigos no fue peor o mejor que los demás caudillos que aparecieron por entonces. Julio César fue diferente, pues perdonó a Bruto, a Casio y a varios más de los hombres que posteriormente lo apuñalarían hasta matarlo; circunstancia que Augusto, Antonio y Lépido mencionaron al colgar las mortales listas de sus enemigos.

No ser tan malo como Hitler no es lo que se dice un refrendo de campanillas, y decir que alguien no fue tan malo como sus rivales solo es un poco mejor; pero ser conscientes de que un líder exitoso era imperfecto no debe hacernos olvidar los defectos de sus rivales. Syme era un historiador demasiado bueno como para caer en esta trampa, si bien se mostró extremadamente generoso en sus juicios sobre Antonio y deliberadamente severo en sus comentarios sobre los seguidores de Augusto, sobre todo la mayoría procedente de fuera de la aristocracia establecida. También era consciente de que las conexiones familiares entre la elite de Roma eran complicadas, pero que no dictaban alianzas por sí mismas, pues estas podían cambiar rápidamente o depender de otras muchas consideraciones. A pesar de tener casi tres cuartos de siglos de antigüedad, *La revolución romana* —combinada con la considerablemente amplia producción científica de Syme y su influencia en otros historiadores— continúa marcando el tono de gran parte del debate en torno a Augusto y su época, sobre todo entre los especialistas del mundo anglosajón. Ha habido muchos nuevos puntos de vista y cambios de énfasis, pero, en general, se han dirigido a temas o detalles concretos. No ha vuelto a haber un estudio general de la época que haya tenido una influencia parecida, de modo que en muchos sentidos la época —tal cual la estudié yo como alumno y tal cual la he enseñado después como profesor— si-

gue estando definida por la percepción que se tenía de ella a mediados del siglo xx.

La inevitable estructuración de la enseñanza formal siempre supone el riesgo de distorsionar el pasado. Los cursos sobre el final de la República tienden a terminar con Julio César. La época augustea suele empezar en Accio y, o bien se mantiene aparte o se transforma en un estudio del principado, mientras que los años del triunvirato, 44-31 a.C., reciben poca o ninguna atención, lo cual ayuda a reforzar la distinción entre Octaviano y Augusto. Más raramente, Augusto y su carrera son considerados como una continuación de la República, por lo que la atención recae entonces en las aparentes diferencias. Augusto no sabía que estaba creando un nuevo sistema que duraría siglos y estudiarlo de ese modo exagera el cambio entre la República y el principado, que en la época fue ciertamente mucho menos evidente. También favorece el uso moderno de términos como «república» y «republicanismo», además de poder extenderse hasta el punto de retratar una oposición senatorial que supuestamente obligó a Augusto a esconder la realidad de su poder tras una fachada republicana.

Las actitudes respecto a Julio César también dan forma a nuestra percepción de su sucesor. El dictador fue asesinado porque ostentaba el poder supremo permanente, mientras que Augusto consiguió el suyo y sobrevivió hasta la ancianidad. La lógica natural de la mayoría de los historiadores es, por lo tanto, que Augusto debió de comportarse de un modo fundamentalmente diferente al de su «padre», dulcificando y ocultando su poder allí donde el primero lo utilizó de forma abierta. La idea subyacente refuerza la renuencia a llamar a Augusto con el nombre de César en los textos modernos. Como veremos, muchos estudiosos siguen a Syme y llegan aún más lejos, afirmando que, una vez hubo derrotado a Antonio y se convirtió en el dueño del Estado, Augusto se distanció de forma deliberada de Julio César el hombre, como opuesto al divino Julio.

La idea es conveniente, pues de un solo vistazo explica sus distintos destinos y se repite una y otra vez, por lo que es una lástima que no exista ninguna prueba que la sostenga. En primer lugar, la comparación tiene puntos débiles, porque procede inevitablemente de la situación de Julio César a finales del 45 a.C. y de Augusto tras Accio. Nadie parece darse cuenta de que el primero acababa de conseguir la victoria en una guerra

civil librada con gran esfuerzo y que durante los últimos cinco años de su vida había pasado muy poco tiempo en Roma. A pesar de toda su energía, existían límites a lo que Julio César pudo conseguir durante ese tan corto y frecuentemente interrumpido período de supremacía. En cambio, para cuando derrotó a Antonio, Augusto había mantenido sin trabas el poder como triunviro durante más de una década; período la mayor parte en el que estuvo en Roma e Italia sin ninguno de sus colegas. Empezar después de Accio supone ignorar esos largos años durante los cuales consolidó su control mediante una combinación de fuerza y el ascenso de hombres leales a su persona. Esos años también hicieron menguar las filas de las viejas familias aristocráticas, y no se puede decir que el fracaso de Bruto y Casio inspirara a otros a seguir sus pasos. Por tanto, la asunción de que igual que Julio César se enfrentó —sin conseguir aplacar— a la resistencia de una tenaz opinión senatorial tradicionalista, Augusto hubo de enfrentarse y derrotar a una oposición similar carece de fundamento. Sus situaciones difieren en demasiados aspectos. Realmente no existen pruebas convincentes de esa oposición senatorial a Augusto tan querida por muchos historiadores modernos. De hecho, los académicos han demostrado una lealtad mucho más profunda por el sistema republicano de la que nunca mostró la aristocracia de Roma. Una mirada más de cerca revela muchas menos diferencias entre Julio César y César Augusto.

Merece la pena alejarse de los abundantes debates académicos acumulados durante generaciones en un esfuerzo por contar de nuevo la historia de Augusto. Esto no es una historia de la época, sino una biografía, y por tanto, si bien se tratan las cuestiones generales, nuestra atención se fija en el propio Augusto. Es importante conocer dónde estaba —y si es posible qué estaba haciendo— en cada momento de su vida. De este modo queda de relieve la cantidad de tiempo que pasó viajando por Italia o las provincias, algo que pocos de sus sucesores elegirían hacer, hasta Adriano en el siglo II d.C. También pone de relieve la importante carga de trabajo que mantuvo incluso cuando ya era anciano. Su carrera se basó en algo más que meras reformas y legislación, apoyándose en una atención al detalle y una conducta mantenida día a día que pueden difuminarse con mucha rapidez en estudios apresurados de lo que hizo y logró. Los cambios que ocurrieron, ya fueran institucionales, sociales y econó-

micos, o la mera transformación de la propia Roma y del Imperio, asumen su verdadera importancia si conseguimos apreciar el ritmo al que tuvieron lugar.

Este es un libro largo, que con facilidad podía haber tenido el doble o el triple de extensión. He intentado mostrar pinceladas del impacto de Augusto en Italia y en el Imperio, de tal modo que no nos limitemos a mirar al destino de las familias aristocráticas de Roma; pero las limitaciones de espacio impiden la inclusión de más detalles. Se podrían escribir libros enteros sobre esta cuestión y sobre muchos de los temas tratados de pasada; hay algo profundamente frustrante en resumir la *Eneida* de Virgilio en un par de páginas o apenas tener la posibilidad de hablar sobre Ovidio y otros poetas. Una de las grandes alegrías de escribir este libro ha sido la posibilidad de volver a leer la poesía y otra literatura de la época, en muchos casos por primera vez desde que era estudiante. Me he esforzado por mostrar estas cosas sin perder de vista la figura central de Augusto, pues el libro trata sobre él. Para aquellos cuyo interés se sienta espoleado por el hombre y su época están las notas y una larga bibliografía, que le darán acceso a la verdaderamente amplia literatura sobre estas cuestiones.

CONTAR LA HISTORIA: LAS FUENTES PARA LA VIDA DE AUGUSTO

Solo ha sobrevivido hasta nosotros una ínfima parte de la literatura, los documentos oficiales y la correspondencia privada del mundo romano. Era una época anterior a las imprentas, cuando todo tenía que ser copiado a mano; lo cual, además de ser laborioso, y por tanto caro, corría el riesgo de ir introduciendo un número cada vez mayor de errores. Muchas cosas se han perdido, porque nadie se tomó la molestia de realizar suficientes copias. Muchas más desaparecieron con el colapso del Imperio romano y el paso a un mundo donde la alfabetización era muchos menos habitual y había menos de la riqueza necesaria para promover la copia de libros. En la Edad Media, la Iglesia preservó algunos textos antiguos, pero fue selectiva en su elección y seguidamente esa selección sufrió sustanciales pérdidas posteriores debido al fuego, los accidentes y la negligencia. Esto significa que hay mucho que no podemos saber del mundo antiguo

y que a cada momento hemos de sopesar la probabilidad estar lidiando con fuentes parciales y a menudo contradictorias.

Las narraciones más completas de esos años fueron escritas mucho después de los acontecimientos. Apiano, cuyas *Guerras civiles* alcanzan hasta la derrota de Sexto Pompeyo en el 36 a.C., escribió a principios del siglo II d.C. Dion Casio, cuya historia cubre todo el período con el mayor detalle y de la que solo faltan unos fragmentos referidos a la vida de Augusto, escribió a principios del siglo III. Ambos eran griegos —si bien Dion Casio fue también senador e importante magistrado romano— y escribieron en su lengua, lo que en ocasiones vuelve difícil estar seguro de las palabras latinas que estaban traduciendo. Ambos escribieron en una época en la cual el principado estaba firmemente asentado y el gobierno de los emperadores era algo ordinario, de modo que tienen tendencia a transferir las actitudes de su propia época a los períodos anteriores. Veleyo Patérculo comenzó su carrera pública bajo Augusto, y su breve narración tiene la ventaja de haber sido escrita mucho más próxima a los acontecimientos, pero tiene el problema de su decidida adulación al emperador Tiberio. Estas son las narraciones más completas que poseemos, y ninguna lo cubre todo, lo que a veces obliga a recurrir a fuentes posteriores como Floro u Orosio, sobre todo para los acontecimientos en las provincias y en la frontera. Si bien son mejores que nada, estas fuentes han de ser utilizadas con la mayor de las precauciones. El historiador Livio fue coetáneo, pero de los libros correspondientes de su narración, que llegaba hasta el 9 a.C., solo se conservan resúmenes compilados en una fecha muy posterior.

Hasta su ejecución por orden de Augusto, Antonio y Lépido en el 43 a.C., las cartas y discursos de Cicerón nos proporcionan descripciones inmediatas y muy detalladas —si bien evidentemente muy partidistas— de los acontecimientos. Resultan tremendamente fascinantes, porque incluyen cartas dirigidas a él por otras personas, así como los a menudo infundados rumores que circulaban en esas desesperadas fechas, los cuales podían tener tanta influencia en las acciones de alguien como la verdad. Desgraciadamente, solo contamos con algunas de las obras de Cicerón, pues sabemos de la existencia de otras, incluida más correspondencia entre el orador y Augusto, que estuvieron disponibles para los autores grecolatinos, pero que se han perdido desde entonces.

La propia autobiografía de Augusto llegaba hasta el año 25 a.C., pero no ha sobrevivido; si bien parte de la información de la misma se conserva en la corta biografía escrita por su coetáneo Nicolás de Damasco. Tenemos *Las obras del divino Augusto (Res gestae)*, un texto preparado durante los últimos años de su vida y expuesto en el exterior de su mausoleo —y copiado por todas partes— tras su muerte. Se trata sobre todo de un listado de sus logros y honores, con lo cual nos proporciona lo que él quería fuera el registro oficial de sus éxitos. Más completa, y mucho más personal, es la biografía escrita por Suetonio a finales del siglo I y comienzos del II d.C. Basada claramente en un conjunto de fuentes, algunas muy hostiles a Augusto y lo más probable originadas en la guerra propagandística de los años 44–30 a.C., nos proporciona una mina de información. Especialmente interesantes son los extractos de las cartas particulares escritas a miembros de su familia, algunos de los cuales aparecen también en sus biografías de Tiberio y Claudio. Más frustrante resulta la ausencia de una fecha concreta u otros puntos de referencia para muchos de los incidentes que relata.

Otras fuentes proporcionan fragmentos de material comparable. Hay algunos en las *Vidas* de Cicerón y Marco Antonio escritas por Plutarco, así como en sus otros escritos, que son de unas fechas similares a la de Suetonio y Apiano. Tácito fue su contemporáneo y un importante senador romano, pero no se ocupa de Augusto en sus obras históricas y solo de forma indirecta incluye información sobre él. Tanto Séneca el Viejo como el Joven, que estuvieron activos poco antes del siglo I a.C., nos proporcionan algunos detalles fascinantes. Muy posterior, pero basado claramente en fuentes anteriores, Macrobio, escritor de comienzos del siglo V a.C., nos proporciona la colección de chistes relacionados con Augusto ya mencionada. Por lo general, en ninguna de estas obras podemos saber dónde consiguieron su información los autores, lo que las convierte en imposibles de verificar. No obstante, el rasgo más destacado es que existan tantas anécdotas personales sobre Augusto, las cuales nos hablan de cómo lo veía la gente y, a la vez, de cómo quería él ser visto.⁷

Las inscripciones, ya se trate de las grabadas en piedra o de los eslóganes de las monedas, también ofrecen afirmaciones muy deliberadas sobre la época, del mismo modo que las imágenes y esculturas transmiten mensajes conscientes. Muchas de ellas poseen la ventaja de ser muy in-

mediatas, sobre todo cuando la fecha es clara y, por lo tanto, pueden reflejar prioridades a corto plazo tanto como mensajes más amplios. La excavación de edificios y otras estructuras también puede revelar cambios en las prioridades, si bien en este caso se necesita algo más de precaución, porque los restos sacados a la luz por una excavación requieren de una cuidadosa interpretación y pocas veces están tan enteros o se comprenden tanto como para que esta sea completamente segura. El contexto tiene mucho que decir cuando se trata de este tipo de pruebas físicas, pero nunca resulta tan evidente como nos gustaría; sin contar con que las excavaciones antiguas a menudo se realizaron con menos atención y sofisticación que las más recientes. Sobre todo con obras de arte y de arquitectura puede resultar difícil permanecer objetivos y tener que luchar, incluso, por no interpretar demasiado o demasiado poco los detalles menores. ¿Cuánto tiempo se pasaban de verdad los romanos considerando las imágenes y eslóganes de las monedas que utilizaban? Sin embargo, al contrario que las fuentes literarias, trabajos en marcha continúan aumentando las evidencias físicas sobre la era de Augusto, lo cual añade mucho a nuestra comprensión de su mundo.

Comprender a Augusto no resulta sencillo y se ha de tener cuidado con cada tipo de prueba. También es muy importante ser franco respecto a las limitaciones de nuestras fuentes. Existen algunas cosas que, sencillamente, no podemos saber y casi con seguridad no llegaremos a saber nunca. Hay muchas más sobre las que solo podemos hacer suposiciones y, de nuevo, hemos de mostrarnos francos sobre las bases de semejantes conjeturas. Nunca hemos de pretender certeza cuando ninguna es posible. La verdad absoluta es escurridiza, quizá imposible; pero eso no significa que no debemos esforzarnos lo mejor que podamos para acercarnos a ella tanto como nos sea posible. Resulta factible contar muchas cosas sobre Augusto y, mientras intentamos comprender al hombre y su mundo, ir poniendo orden en los diferentes tipos de pruebas.

PRIMERA PARTE

CAYO OCTAVIO (TURINO)

63-44 A.C.

Cuando niño se le dio el cognomen Turino, bien en memoria de los orígenes de sus antecesores o porque fue poco después de su nacimiento cuando su padre Octavio consiguió una victoria sobre esclavos fugitivos en Turina [...]. En las cartas de Marco Antonio a menudo se le llamaba Turino como insulto, a lo cual él se limitaba a replicar que le resultaba sorprendente que pudiera pensarse que utilizar su antiguo nombre fuera un insulto.

SUETONIO, *Augusto*, 7. 1

I

«PADRE DE SU PAÍS»

El día que nació se resolvía en el Senado la cuestión de la conspiración de Catilina, y Octavio llegó tarde debido a las labores de parto de su esposa, cuando, como se dice a menudo, Publio Nigido, al averiguar por qué llegaba tarde y saber la hora del parto, afirmó que el amo del mundo acababa de nacer.

SUETONIO, comienzos del siglo II d.C.¹

En el 63 a.C., Roma era de lejos la ciudad más grande del mundo conocido. Su población alcanzaba al menos los tres cuartos de millón de personas y a finales del siglo habría aumentado hasta más de un millón. La mayoría vivían en sórdidas y superpobladas viviendas urbanas, o *insulae* (literalmente «islas»), propensas a los incendios y plagadas de enfermedades. Con tanta gente en un mismo sitio, inevitablemente se producían muchas muertes y nacimientos a diario. De modo que no hubo nada especialmente destacable en que una mujer llamada Atia se pusiera de parto y justo antes del amanecer del 23 de septiembre le presentara a su esposo un hijo.

Atia era más afortunada que la mayoría de las mujeres, pues era una aristócrata, y su esposo Cayo Octavio un senador capaz de proporcionarle los mejores cuidados disponibles, así como una casa confortable en el lado este de la colina del Palatino. Cuando llegó el momento, fue atendida por los miembros femeninos de la familia, esclavas y libertas de la casa y una comadrona con experiencia. La costumbre excluía a los hombres de la habitación escogida para el parto y el médico solo sería llamado si las cosas iban mal; aunque, la verdad sea dicha, había poco que pudiera hacer en esas circunstancias. Atia sabía qué esperar, pues varios años antes ya le había dado a su esposo una hija.

Ni la experiencia, ni las comodidades, ni los cuidados aseguraban que Atia estuviera a salvo. Dar a luz era peligroso tanto para la madre como para el hijo y muchos de los bebés nacidos ese día fueron mortinatos o fallecerían en los días subsiguientes. Lo mismo sucedería con muchas de las madres. Nueve años después, Julia, prima hermana de Atia, fallecería durante el parto, seguida a los pocos días por su hijo, y ello a pesar de que su esposo era entonces el hombre más rico y poderoso de Roma. La edad reproductiva era, probablemente, la más peligrosa de la vida de una mujer.

Las cosas fueron bien para Atia. Salió indemne y su hijo nació sano. Cuando la partera lo colocó en el suelo para inspeccionarlo, no hubo signos de deformidades u otros problemas. A continuación el niño fue llevado a su padre. La tradición otorgaba al padre romano, el *paterfamilias*, poder de vida y muerte sobre toda su familia, aunque en esa época una autoridad tan estricta rara vez era aplicada rigurosamente. A pesar de ello, dependía de Cayo Octavio aceptar o no al nuevo hijo en la familia. Lo hizo de inmediato, mostrando al niño a los familiares y amigos que se habían reunido para esperar con él o que habían ido de visita en cuanto se difundió la noticia del nacimiento. Cayo Octavio ya tenía dos hijas —la mayor de ellas de un matrimonio anterior—. Las chicas eran útiles para un hombre ambicioso, pues las alianzas matrimoniales ayudaban a conseguir y mantener amigos políticos. No obstante, solo un hijo podía seguir una carrera en la vida pública, igualando o sobrepasando a su padre y sumando así gloria al nombre de la familia.

Se encendieron fuegos en los altares de la vivienda y se presentaron ofrendas a los dioses de la casa y el hogar, los *lares* y los *penates*, así como a cualquier otra divinidad especialmente reverenciada por la familia. Cuando los visitantes regresaron a sus domicilios realizaron el mismo ritual. Es indudable que uno de los visitantes fue el tío de treinta y siete años de Atia, Cayo Julio César, un ambicioso senador que ya se estaba labrando un nombre. Recientemente acababa de ganar una disputada elección para convertirse en el principal y más prestigioso sacerdote de Roma, el *pontifex maximus*. El cargo era principalmente político, y Julio César dio pocas muestras de poseer profundas creencias religiosas. Con todo y con eso, como otros romanos, concedía mucho valor a los ritos tradicionales. Los rituales rodeaban a los aristócratas romanos durante toda su vida y un

parto con éxito era un momento feliz para una familia senatorial y sus relaciones.²

De no haber sido por esto, la comunidad no hubiera tenido demasiados motivos para prestarle especial atención, pues Cayo Octavio era un senador de escasa importancia. Solo mucho después, cuando el bebé hubo crecido hasta convertirse en Augusto, comenzaron a circular historias de presagios e incluso abiertas predicciones sobre la futura grandeza del niño. Suetonio nos proporciona una larga retahíla de ellas, muchas de las cuales son improbables y otras evidentemente absurdas. Entre estas últimas se cuenta la afirmación de que una profecía predijo el nacimiento de un rey de Roma, lo cual llevó al Senado a decretar que no podía permitirse que ningún niño nacido entre tal y cual fecha pudiera vivir. Se supone que la ley quedó bloqueada gracias a un grupo de senadores cuyas esposas estaban embarazadas. No es solo que la legislación no funcionaba así durante la República, sino que resultaría sorprendente que Cicerón no mencionara una medida tan desagradable y controvertida, por lo que podemos desecharla como una invención romántica. Lo mismo sucede con las historias claramente sacadas de los mitos que rodean a Alejandro Magno y otros héroes, para los cuales se consideraba insuficiente un padre mortal. Así, se afirmaba que Atia había asistido a un rito nocturno en el templo de Apolo, quedándose dormida en su litera. Una serpiente apareció entonces y reptó sobre ella, dejando en su muslo una marca parecida a la piel de serpiente. Se despertó sintiendo la necesidad de limpiarse ritualmente, como si acabara de tener sexo; pues solo los físicamente purificados eran dignos de entrar en los recintos de los dioses. Incapaz de borrar la marca de su piel, dejó de ir a los baños públicos. Nueve meses después daba a luz a su hijo.³

Cayo Octavio no tenía necesidad de semejantes experiencias místicas para sentirse feliz. Los cumpleaños eran importantes en la cultura romana y se celebraban durante toda la vida de las personas. Septiembre era el séptimo de los diez meses con nombre del calendario lunar de Roma, pues en tiempos arcaicos el año comenzaba en marzo, el mes del dios de la guerra, Marte, cuando las legiones solían partir en campaña. Para los romanos, el 23 de septiembre era el noveno día antes de las calendas de octubre; pues utilizaban un sistema basado en días anteriores o posteriores a tres fiestas mensuales: la calendas el día uno, la nonas el día siete y los

idus bien el día trece o el quince, dependiendo del mes. Al carecer de número cero, las calendas contaban como uno y el día 23 estaba incluido, de ahí el total de nueve días.

Para los romanos era el sexcentésimo nonagésimo primer año desde la fundación de la ciudad (*ab urbe condita*) por Rómulo. De forma más inmediata era el consulado de Marco Tulio Cicerón y Cayo Antonio. Los dos cónsules eran los magistrados más importantes de Roma, tenían igual autoridad y ocupaban el cargo durante doce meses. El sistema republicano estaba pensado para impedir que ningún hombre consiguiera el poder supremo o permanente; pues nadie podía aspirar a la reelección hasta pasada una década. El hombre que conseguía más votos en la votación aparecía mencionado primero cuando los cónsules le daban su nombre al año. La mayoría de los cónsules procedían de un pequeño número de familias bien situadas, como los Antonios. El caso de Cicerón no era lo habitual, pues era el primero de su familia en entrar en política en Roma y hacía más de una generación que ningún «hombre nuevo» (*novus homo*) alcanzaba el consulado. Cayo Octavio también era un hombre nuevo y seguramente esperaba poder repetir el éxito de Cicerón.⁴

La precedencia de un cónsul sobre otro cambiaba en meses alternos, de modo que era Cicerón quien presidía la reunión del Senado el 23 de septiembre. Suetonio afirma que Cayo Octavio llegó tarde debido al nacimiento de su hijo, aunque como esto prepara el terreno para otra historia en la cual se predice el nacimiento del «gobernante del mundo», hemos de mostrarnos cautelosos. Quizá el incidente es una completa invención, si bien no hay nada inherentemente improbable en el retraso de Octavio o en la afirmación de que los senadores debatían los rumores de conspiración que rodeaban a uno de sus miembros, Lucio Sergio Catilina. Abundaban los rumores de revolución y muchos de ellos se centraban en Catilina, que no había podido conseguir el consulado para el año siguiente en las elecciones del verano. Si de verdad el Senado estaba debatiendo tales asuntos, por el momento no se hizo nada y pasaría algún tiempo antes de que la cuestión alcanzara su punto crítico.⁵

Mientras tanto, la vida continuó y la noche del 30 de septiembre Cayo Octavio y Atia realizaron una vigilia nocturna en su casa. Se realizaron rituales que culminaron con sacrificios y una ceremonia formal

de purificación, o *lustratio*, al día siguiente, que eran las calendas de octubre y nueve días después del nacimiento de su hijo. El objetivo era librar al niño de cualquier espíritu maligno u otra influencia sobrenatural que pudiera haber penetrado en él durante el proceso del nacimiento. Se le dio un amuleto o *bullae*, por lo general de oro y que se llevaba colgado del cuello hasta que se convertía formalmente en un hombre. Tras lo cual, uno de los miembros del colegio sacerdotal de los augures observó el vuelo de pájaros buscando captar algo sobre el futuro del niño. Es probable que a los padres les dijeran que los signos eran muy buenos.⁶

Solo entonces se le dio formalmente un nombre al niño, que en su debido momento fue inscrito en la lista de ciudadanos. En este caso recibió el nombre de su padre, de modo que se convirtió en Cayo Octavio, hijo de Cayo. Las familias tendían a utilizar los mismos nombres generación tras generación, si bien durante esos años algunas de las más poderosas familias de la aristocracia estaban comenzando a romper este tipo de convenciones, distanciándose aún más del resto de la clase senatorial. El nombre de familia o *nomen* —en este caso Octavio— era automático y la capacidad de elección solo se ejercía en el primer nombre, o *praenomen*. Los hombres más importantes tenían tres nombres o *tria nomina*. Así, el tío de Atia era Cayo Julio César. Los Julios eran un clan amplio y el tercer nombre o *cognomen* solo lo tenía esta rama concreta. El sistema no era universal, ni siquiera entre las grandes familias, en algunos casos porque no eran especialmente numerosas o, sencillamente, porque estaban seguros de ser reconocidos. Los Octavios todavía no habían tenido la necesidad de distinguir ramas específicas de su familia.

Los romanos no sintieron la necesidad de identificar a las mujeres con tanta precisión, puesto que no podían votar ni presentarse a cargos públicos. Atia no tenía más que ese nombre, la forma femenina del *nomen* de su padre, Marco Atio Balbo. Lo que importaba era la identidad de su padre y la asociación con su familia. Las mujeres romanas mantenían el mismo nombre a lo largo de toda su vida y no lo cambiaban al casarse. La hija de Atia se llamaba Octavia, como también su hijastra, la hija del primer matrimonio de su marido. Si hubiera habido otras hijas también se hubieran llamado Octavia. En algunas familias, las hijas se numeraban por cuestiones oficiales.⁷

Los bebés necesitaban una gran cantidad de cuidados, pero lo más probable es que el papel de Atia en ellos fuera el de una supervisión más o menos distante. Tenía mucho que hacer supervisando la casa y apoyando la carrera de su marido. Algunos sostenían que una madre debía amamantar a sus hijos, pero en la práctica era una costumbre poco habitual para la que se utilizaba una nodriza esclava. Por lo general, esta mujer u otra esclava hacía las veces de niñera de la criatura. (Una de las razones esgrimidas por los filósofos para que una madre amamantara a sus retoños era el miedo a que, de no hacerlo, de algún modo estos pudieran absorber junto con la leche características de esclavo). Es indudable que la cantidad de tiempo que cada uno de los padres pasaba con sus hijos era una cuestión de elección personal. En algunos casos era muy poco, si bien había excepciones. En el siglo II d.C. se nos cuenta que a Catón el Viejo, famoso por su adusta, trasnochada y vociferada virtud, solo los más importantes asuntos públicos le impedían estar presente cuando su hijo recibía un baño. La esposa de Catón era una de esas mujeres que amamantaban a sus propios hijos y en ocasiones incluso dio de mamar a niños esclavos de su propia casa.⁸

Las fuentes no nos cuentan casi nada de los primeros años del joven Octavio, si bien otra de las historias de Suetonio sobre los signos que predijeron el ascenso a la grandeza es menos dramática que la mayoría y puede contener un ápice de verdad. En ella, su nodriza lo puso para pasar la noche en una habitación de la planta baja. De repente el niño, que por entonces presumiblemente era lo bastante mayor como para gatear, desapareció, lo cual desató una búsqueda urgente. Fue encontrado a la mañana siguiente, mirando el sol del amanecer en la habitación más alta de la casa.⁹

UN MUNDO TURBULENTO

Si esto sucedió fue después, pero en los meses finales del 63 a.C. había muchas cosas que podían preocupar a los padres del niño, pues el ambiente en Roma era tenso. La República romana había dominado el mundo mediterráneo desde mediados del siglo II a.C. Cartago había sido destruida y los reinos orientales o bien conquistados, o bien eran tan

débiles y dependientes de la buena voluntad romana que no representaban ninguna amenaza. Mitrídates VI del Ponto, en Asia Menor, se había mantenido persistentemente en guerra durante toda una generación; pero acaba de ser aplastado por completo por el más exitoso y popular de los generales romanos, Pompeyo el Grande. Antes de que el año terminara, el rey, al comprobar que las repetidas dosis de antídoto que había tomado a lo largo de su vida lo habían vuelto inmune a los venenos, ordenó a uno de sus propios guardaespaldas que lo matara. En octubre las legiones de Pompeyo tomaron Jerusalén al asalto tras un asedio de tres meses, apoyando a una de las facciones de la guerra civil entre miembros rivales de la familia real judía. Parecía que nadie podía igualar el poderío militar de la República.¹⁰

Roma era mucho más fuerte que ninguno de sus vecinos y potenciales enemigos; pero los inmensos beneficios de las conquistas y el imperio amenazaban el delicado equilibrio entre la política, la sociedad y la economía. La competencia entre los aristócratas por alcanzar los cargos principales y el mayor estatus siempre había sido intensa; pero en el pasado se había mantenido dentro de unos límites estrictos de convención y ley. Ahora muchos de los puntales del sistema comenzaron a verse amenazados cuando los senadores empezaron a gastar cantidades cada vez mayores en conseguir popularidad; por otra parte, comenzaron a surgir entre la población grupos importantes que se sentían en una posición desesperada y rápidamente se unían a cualquiera que defendiera su causa. Se presentaron así oportunidades para que unos pocos hombres se elevaran mucho más alto de lo que hubiera sido posible en el pasado y sus pares se ofendieron y opusieron a ello.

En el 133 a.C., un aristócrata llamado Tiberio Sempronio Graco se convirtió en uno de los diez tribunos de la plebe electos anualmente e introdujo un programa legislativo destinado a ayudar a los pobres rurales. Consiguió grandes elogios, pero fue acusado de aspirar al dominio de un monarca y fue aporreado hasta morir por una banda de otros senadores encabezada por su propio primo. En 122 a.C., Cayo, el hermano menor de Tiberio, fue asesinado junto con cientos de seguidores tras embarcarse en una serie de reformas todavía más radical. Esta vez la lucha fue claramente premeditada y entre fuerzas organizadas. La rivalidad política se había vuelto violenta y este tipo de escenas se repitió en el 100 a.C. Una



El Imperio romano en el siglo I a.C.